

SEXTA CONFERENCIA

Gracián
y su colaborador y Mecenaz,

por

D. Ricardo del Arco,

C. de la Real Academia de la Historia,
Delegado Regio de Bellas Artes y Director del Museo
y la Biblioteca provincial de Huesca.



Gracián y su colaborador y Mecenaz.

Tócame hoy el turno en el cursillo de conferencias acerca de Baltasar Gracián, y ocupar este puesto en el presente cenáculo de amigos doctos, discretos y curiosos, que vienen a honrar al insigne bilbilitano. Escasos son mis méritos para referiros las relaciones que mediaron entre Gracián y el Mecenaz oscense D. Vincenzo Juan de Lastanosa; el papel transcendental que desempeñó éste en la vida azarosa de aquél. Sea la credencial que a vuestra benignidad me presente, el haber hallado y publicado por vez primera, el año 1910, algunas de las interesantísimas cartas que Gracián escribió a su protector: las más íntimas, las más espontáneas que trazó la mano gracianista; las que en vano buscaron D. Vicente de Lafuente y Morel-Fatio; cartas que en un estudio biobibliográfico sobre Lastanosa, presenté a la Real Academia de la Historia y ésta publicó. Sean también justificantes de mi intervención los trabajos que después he dedicado a Gracián; todo lo cual utilizó con bondad y diligencia mi excelente amigo M. Adolphe Coster en su magna obra sobre el insigne filósofo aragonés (1).

No pretendo fatigaros con relatos dilatados ni abrumaros con citas, extractos, fechas y disquisiciones enfadosas; antes bien, echaré mano de la evocación, que cumple preceptos gracianistas de puntualidad y concisión, pero envueltas en el manto sutil de la fantasía.

Y, en todo caso, digo lo que Gracián: *Muchos borriones toparás, si lo quisieres acertar. Haz de todos uno.*

* * *

(1) «Baltasar Gracián (1601-1658)». (New York, Paris, 1913).

El 8 de enero de 1601 nació en Belmonte Baltasar Gracián.

En 25 de febrero de 1607 vino a la vida en Huesca, y en noble cuna, Vincencio Juan de Lastanosa y Baráiz de Vera. Se llevaban, por tanto, seis años de diferencia en la edad.

Coster afirma que Lastanosa tuvo un lugar preponderante en la vida de Gracián; que influyó de modo considerable sobre él, ya estimulando sus producciones, ya proporcionándole los libros que necesitaba, ya censurando sus escritos, acaso colaborando en ellos.

Yo digo más: fué tan importante la influencia de Lastanosa sobre Gracián, que puede asegurarse que el nombre de éste figura con áureos caracteres en los fastos de la Literatura española, merced a la protección de Lastanosa.

Pero antes de desmenuzar este extremo, evoquemos la figura prócer de Lastanosa y su morada; cerrad los ojos y dejad volar la imaginación para que llegue, en el siglo XVII, al Coso de Huesca y a su casa más calificada.

* * *

En una sala de su biblioteca, sentado en un sillón de labrado respaldo, está D. Vincencio Juan de Lastanosa. Examina con avidez una de las *Crisis* que su gran amigo Baltasar Gracián le ha enviado, para que haga en ella las salvedades y correcciones que su buen juicio estime. Acabada esta tarea—grata por el deleite de la doctrina y por los deberes de la amistad—, hojea unos libros recién salidos de las Prensas en Zaragoza: son relaciones de *palestras* o certámenes poéticos. Lucidos ingenios han concurrido a ellas.

Lastanosa mira con impaciencia un reloj de pie de ágata con aplicaciones de bronce; son las cuatro. Es ya la hora... Mas no recibe aviso. Mientras, paséase cachazudo, solemne, por la estancia. Ostentosa es ésta, en verdad. Reposteros con las armas lastanosinas; sillas de Moscovia con clavazón dorada; escritorios con lindas figurillas. Allá una estatua de Hércules; más allá otra de Cupido, de blanquísimo mármol; aquí, espejos parabólicos. Sin querer se van los ojos tras un ídolo de las Amazonas: un diablo en cuclillas, feo y original, a fe. Otros muchos objetos, a cual más valioso, recrean la vista; bien se puede esperar allí. Aun Lastanosa, habituado a tal deleite, muestra en su

rostro íntima satisfacción. Observémosle un instante: tiene 46 años; viste con soltura su sayo de terciopelo morado, con pasamanería de oro, sus gregüescos, su tersa media. Anda erguido, digno...

Un criado pide licencia. Los señores han llegado; Lastanosa se adelanta a recibirlos. De gran calidad parecen: son nada menos que el duque de Lerma y el marqués de Camarasa. En ricas carrozas de Lastanosa han venido, con lucida cohorte de pajes y lacayos.

Cortesías, reverencias, pero también saludos efusivos y cordiales... Hay unos momentos de descanso y de cumplimiento en la sala de los retratos. Regia es, ciertamente. De las paredes penden lienzos con las efigies de los héroes lastanosinos, incluso la del noble prócer y su esposa y señora D.^a Catalina Gastón, arrebatada a la vida, tiempo ha. Hay lindas pinturas: Apolo y las nueve Musas contemplan extáticos la escena. Los visitantes fijan la vista en un gran lienzo en el que hay un escudo con las armas de Lastanosa, y asidos a él otros que presentan las de aquellas familias que por el lazo estrecho del matrimonio han ilustrado la linajuda casa.

Hace calor en las habitaciones, pues agosto está en su mitad. Lastanosa propone a sus amigos bajar a los jardines para orear-se y aspirar la fragancia de las flores y recrear la vista; que tiempo quedará para ponderar estatuas, armas, monedas, marfiles, vasos y camafeos. Los huéspedes aceptan gustosos; y así, vanse todos al patio principal de la casa y se dirigen a una gran puerta que sirve de entrada a una calle que conduce al estanque principal. Los ocho jardineros de Lastanosa (casi todos franceses) se ponen en doble fila, abriendo paso.

Numerosas calles forman preciosos cuadros, llenos de cuantas flores y frutas conocen Italia, Francia e Inglaterra; y aun las hay de Africa. Todas las paredes están pintadas: el duque de Lerma pondera la perspectiva de aquel incendio de Troya; su compañero alaba el dibujo de un "Rapto de Elena".

Ambos caminan embelesados, y Lastanosa los mira con complacencia, sonriendo a cada exclamación de tan graves señores. Aquí murtas, cipreses, rosales; allí copia de frutales de toda suerte.

Unos rugidos hacen estremecer un tanto al marqués. ¿Qué es ello? Poca cosa: el tigre y el leopardo, que se revuelven en sus cuevas, cerradas por rejas de hierro, junto a caprichosas grutas.

Enfrente de aquéllas, hay otras dos que encierran un león y un oso.

Fuentes de jaspe de Tortosa, con delfines y otras estatuas, surgen a cada paso. De pronto, cae una como espesa lluvia, que produce sorpresa en los visitantes. Son múltiples cañoncitos de bronce, que con disimulo arrojan agua hacia arriba, a una orden de nuestro patricio.

De intento, Lastanosa les ha llevado al laberinto de murtas y arbolitos de frutas extrañas, que por el abrigo de los cipreses suelen por febrero tener fruta y hoja. Imposible orientarse, a no ir con un buen guía.

A la salida, se ofrece a la vista un extenso y limpio estanque navegable, de 380 pasos por sus cuatro frentes, poblado de tenecas, anguilas, barbos, tortugas y aves acuáticas. Tres barquitos conducen a una torre que hay en medio del agua, verdaderamente notable por sus escaleras, jardincillos y estatuas de Neptuno, Baco, Venus, Diana, Juno y Palas. Aquello parece un retiro de Atenas o de la Campania.

Todo suscita los más donosos comentarios; para cada objeto tiene su dueño un decir adecuado y oportuno; Lastanosa, en fin, está poseído de ese vivo e inconsciente regocijo que engendra la alabanza de lo propio en boca ajena... y más si esta boca es tan discreta y tan galana como la del duque de Lerma, como la del marqués de Camarasa, hechas entrambas a la cortesía y al arte de ingenio.

El Sol se dispone a alumbrar nuevas tierras; cien pajarillos de distintas variedades, cautivos en sus jaulas, cantan sin cesar, y una brisa gratisima llega enviada por la sierra vecina. Los hidalgos señores se descubren por unos instantes al toque de oración, y luego desfilan con pausa hacia la casa solariega.

—En verdad (dice el duque) que bien se expresó nuestro Rey Don Felipe, cuando dijo que no había visto cosa igual a la casa de vuestra merced, Don Vincencio. Y veo cuán cierto es lo que os manifestó el señor duque de Orleans, luego de haber admirado estos jardines; que no tenía el Rey de Francia otros que ni siquiera se les asemejaran.

—Por algo (replica el Marqués) en la corte corre de boca en boca el dicho: “quien va a Huesca y no ve casa de Lastanosa, no ha visto cosa”.

Y con estas y otras pláticas se encaminan a las galerías del pa-

lacio, para admirar desde allí los últimos magníficos destellos del Sol poniente.

* * *

Lastanosa es un ejemplo claro del poder de la voluntad y de la intuición. Nada importa su grado de caballería; que su abuelo se remontase al tiempo de Jaime I; que sus parientes fuesen, como él, de alta prosapia, ni mucho menos que ostentase la dignidad de gentil hombre de S. M. y señor de Figueruelas.

Jamás Lastanosa se holgó de estas menudencias, y nada significan dádivas, mercedes y riquezas, que en aquel tiempo a poca costa se podían adquirir. El mismo, en una relación histórica y genealógica de su Casa, que trazó, enderezada a sus hijos, pone al final, a guisa de resumen, el sabio precepto de que la verdadera nobleza emana de la virtud, y que nada ensalza y dignifica tanto como el trabajo. Aun en esta "Relación" se adivina el carácter ecuánime y ponderado de Lastanosa: pudo dar pasto a la imaginación—mejor dicho, a la mentira—, escribiendo hazañas fabulosas de sus antepasados, a modo de lo que poco después hizo aquel gran patrañuelo—aunque hombre de gran seso—que se llamó Pellicer de Ossau y Tovar. Pero se limitó Lastanosa a engarzar las noticias puramente documentales y comprobadas, apuntando a sus hijos el camino de la verdad.

Digo, pues, que Lastanosa es un caso de intuición. De muy pequeño quedó huérfano; y él mismo afirma que los cuidados y afanes de su casa le arrebataron el tiempo para el estudio.

Tan sólo un buen clérigo de Barbastro, el Dr. D. Juan Antonio Fúser, le inició en las letras y le dió algunas lecciones de Humanidades. Y aquí se acabó la educación literaria de Lastanosa. Por entonces florecía en Huesca, a todo empuje, la Universidad que fundara en 1354 el Rey Pedro IV de Aragón; algunos antepasados de Lastanosa habían asistido a sus aulas; Lastanosa no las pisó. Los Colegios mayores de Santiago—que se ufanaba con el título de "Imperial"—y San Vicente, bullían de alumnos distinguidos: Lastanosa no pudo decir, por experiencia, lo que era la vida de colegial. Puesto al frente de los negocios domésticos, no logró recibir educación científica y literaria, a la usanza.

Y, no obstante, fué ducho en latín y griego; experto en ciencias físicas y naturales; competente en Arqueología y en otras

disciplinas. Lastanosa puede presentarse como prototipo de voluntad y tesón. Y de ello dió muestras, disertando acerca de las monedas autónomas y las jaquesas; traduciendo del francés los “Elementos químicos”, del Beguino, y presentando en las relaciones históricas de su Casa y de las familias con quienes enlazó, y en las descripciones de su Museo y su Biblioteca, como diseminados sus conocimientos acerca de diversas materias. ¿Cómo, sino por la intuición y la voluntad, se explica la pasión—no superada por ningún coleccionista de hoy—de Lastanosa por recoger buenos libros, hasta el punto de llegar a formar una tan copiosa como famosa biblioteca? ¿Cómo su afán por reunir rarezas arqueológicas y naturales, armas, vasos, monedas, camafeos, tapices, esculturas, plantas, minerales, caracoles, esqueletos? Y así, Lastanosa llegó a ser árbitro en estas disciplinas. Maravilla las consultas que le hacían los hombres más doctos de su tiempo, con todos los cuales mantuvo amistad y correspondencia. Y a su gran casa del Coso, de Huesca—albergue de todas las sutilezas artísticas del Renacimiento, verdadera morada oriental por su riqueza y fastuosidad—convergían las miradas de los inteligentes y aun de los profanos, que allí acudían para holgarse de la liberalidad, la llaneza y la cortesía de un gran señor, todo ingenuidad, en medio de la gravedad y prestancia de su talante.

Gracián describió alegóricamente las riquezas de la casa lastanosina en una donosa *crisi* del “Criticón”, la titulada *Los prodigios de Salastano* (anagrama de *Lastanosa*) (1).

Lastanosa cumplió sin tacha sus deberes de ciudadano ejerciendo en el Concejo diversos cargos populares y asistiendo personalmente—siendo Regidor del Hospital—a numerosos apastados en una horrible epidemia que invadió a Aragón. Con su espada estuvo pronto a acudir en auxilio de las tropas españolas en Salsas, e hizo retirar a los franceses al otro lado del Cinca, junto a Monzón, con unos cuantos soldados. Con piedad ejemplar exornó en la iglesia de Santo Domingo una capilla de su patronato y erigió en la Seo de su patria otra muy suntuosa, con panteón subterráneo, en donde depositó con toda dilección las cenizas de sus antepasados y en donde reposan las suyas propias para perpetua recordación y acicate de remisos de voluntad, fe y energías.

(1) Segunda parte, Crisi II. Las Crisis III y IV («El Museo del Discreto») aluden también.

La generosidad de Lastanosa no tuvo límites. Prestaba objetos y libros. ¡Qué abusos no cometerían con él para obligarle a decir que tenía los libros entre cristales y bajo llave para preservarlos de la polilla y de ciertos amigos que querían poseerlos sin invertir las fuertes sumas que a él le habían costado!—A lo que se ve, es viejo achaque este de no reconocer propiedad a los libros.—Le publicó obras al cronista Juan Francisco Andrés de Uztarroz, y fué el editor espléndido y desinteresado de las obras de Gracián.

Aunque sólo fuera por esto, por la protección que dispensó a aquel gran ingenio y por haber sido su colaborador, Lastanosa merece un lugar eminente en el retablo de figuras aragonesas no estudiadas debidamente. Una prueba patente de la autoridad, del tino y de la respetabilidad de Lastanosa la tenemos en que un hombre tan espiritualmente rebelde como Gracián, solicitara para sus trabajos la censura de Lastanosa, acogiendo gustoso las enmiendas y adiciones que el discreto oscense hiciera.

A nadie acató el célebre filósofo como a Lastanosa; de nadie, sino de éste, fué confidente; en nadie más que en Lastanosa halló, a lo que parece, amparo y defensa aquel varón tan perseguido.

La hombría de bien de Lastanosa vióse atacada, con notorio mal gusto, por un anónimo valenciano, autor de un libelo contra Gracián, titulado *Crítica de reflexión*, aparecido en aquella ciudad en 1658. El escritor, con ironía, reprochaba a Gracián el ser injusto con su mayor amigo *Salastano*, al no citar en su *Criticón*, entre los prodigios de su casa, ni la cueva de cristal, “ni el arte de ejecutar testamentos para hacer fábricas prodigiosas, quien no tiene blanca” (1). Pública y notoria era la amistad entre Gracián y Lastanosa; y la Compañía de Jesús se apresuraba a dejar a salvo la honorabilidad de éste, que quiso manchar el libelista valenciano, ordenando el General Goswin Nickel, en 26 de julio de 1659, al Provincial de Aragón que hiciese diligencias para averiguar el nombre del autor, “para que se pudiese dar satisfacción a quien se ha quejado de lo mal que tratan en dicha respuesta a una familia principal de Huesca: que *por esto* dí yo orden a V. R. que lo averiguase; no deje de hacerlo ni de avisarme”. Ya volveremos sobre este punto.

(1) O sea, que no tiene dinero: falsedad manifiesta, porque la posición económica de Lastanosa era desahogada.

En el virulento libro es presentado Gracián como prototipo de la mediocridad: “Tiene la cara de pocos amigos—dice el papel—, y a todos la tuerce: toma de ojo todo lo bueno e hinca el diente en todo lo malo; tiene perversa vista, y con no tener cosa buena en sí, todo lo halla malo en los otros”. De esta guisa es todo el libro. Un sucesillo que allá en Valencia le acaeció a Gracián es el origen: una fingida carta del demonio a Gracián para leerla en el púlpito, y así atraerse a la gente. Desencanto, murmuración, retractación pública de Gracián; y, como resultado, algunas pican-tes alusiones a los valencianos en *El Criticón*. La calma no le abandona.

Esto es cifra de paciencia y de perseverancia.

Deducida la sátira, colígese de la descripción que de Gracián hace el valenciano, que aquel era pequeño, algo cargado de espaldas; un poco miope (usaba anteojos), lo cual explica la expresión de dulzura de su mirada que se advierte en el retrato; bajo de color y de hablar rápido, propio de ingenio agudo y despierto.

Seguramente, Gracián estuvo en el Colegio de Huesca antes de sus comienzos literarios, o sea antes de la aparición del *Héroe*, hacia el año 1630. Allí conocería a Lastanosa y allí trabaría con él una amistad que sólo la muerte rompió.

De niño, Lastanosa pudo ver en su casa, reunidos en tertulia literaria con su padre, a los ingenios más floridos de Huesca y de Zaragoza, formando una de las Academias tan usuales desde el siglo XVI, que entraron en España importadas de Italia. Era en el año 1610; y en 1595, Juan de Lastanosa había formado parte de otra, con varios eruditos, entre ellos el preceptor de su hijo Vincencio. A las tertulias literarias lastanosinas acudiría más de una vez Gracián; y a ello, sin duda, alude en su *Criticón* (III, 12), al decir: “No hay rato hoy más entretenido ni más aprovechado que el de un “bel hablar” entre tres o cuatro. Recréase el oído con la suave música, los ojos con las cosas hermosas, el olfato con las flores, el gusto en un convite; pero el entendimiento con la erudita y discreta conversación entre tres o cuatro amigos entendidos, y no más; porque en pasando de ahí es bulla y confusión; de modo que es la dulce conversación banquete del entendimiento, manjar del alma, desahogo del corazón, logro del saber, vida de la amistad y empleo mayor del hombre”.

Evidente es que se refiere a las tertulias literarias, pues que tales honestos placeres del espíritu poco podría practicarlos den-

tro del régimen de su Orden, aunque sí, como Santa Teresa, en sus andanzas, de residencia en residencia, por Aragón y Cataluña. Evoquemos, si os place, esa tertulia lastanosina.

* * *

La sala es ostentosa. Es una pieza grande que mira al Poniente. Sus paredes se adornan de pinturas; hay en ella un clavicémbalo. Sobre la puerta, el retrato de Homero y el de Séneca, y a mano izquierda un mapa universal con orla de trajes y ciudades, de famoso colorido. Cinco escritorios de ébano y marfil ocupan los espacios que dejan libres los balcones; en ellos hay libros de estampas, de historia, de arqueología y otras disciplinas. En un escritorio se ven instrumentos para el uso de la Geometría, Matemáticas, Astrología, Catoptría, Fortificación y Perspectiva. En otro, raras monedas y medallas. Adornan la estancia una estatua de Hércules, otra de Mercurio, un lienzo de Tintoretto, otro de Ribera y dos paños de "raz" con monterías de Diana. En el centro, una amplia mesa y sillas de Moscovia.

Sentado está Lastanosa. Tiene en la mano un libro que acaba de recibir: es una donosa "Relación" de festejos publicada por su caro amigo Uztarroz. Acompañanle el canónigo D. Manuel de Salinas, que hace un instante ha llegado de la Seo de cantar Vísperas; Jerónimo de Agüesca, sutil e ingenioso grabador y no flojo poeta; el marqués de Torres, grácil y decidor; el Padre maestro Fr. José Abad, varón beatífico, que idolotra a Fr. Luis de Granada; D. Juan Sanz de Latrás, conde de Atarés, ocurrente y redicho, y D.^a Josefa de Sayas y Pedroso, poetisa de inspiración y galanura que pueden competir con las de Garcilaso o Castillejo.

Suenan las cinco. Entra un criado y da a Lastanosa dos cartas y un paquete: aquéllas, del Padre Baltasar Gracián, la una, llena de cariño y respeto; del conde de Guimerá la otra. Envíale el Padre unas monedas romanas, que son examinadas con curiosidad. En cambio el conde le pide (no acaba nunca de pedir), unos dinerillos jaqueses y el índice de la librería.

El Padre Abad cuenta cierto ruidoso incidente habido entre el Maestrescuela y el Rector de la Universidad. Cuestión de competencia... Pero es el caso que el Claustro está dividido, y hasta en

la puerta de la Universidad ha aparecido un cartel burlesco. El Padre, bondadoso y ecléctico, no sabe a quién dar la razón...

Doña Josefa alaba el talento de doña Ana Francisca Abarca de Bolea, monja en Casbas. El Marqués, sobrino de ésta, sonrío. Bella cosa es una poesía que le ha enviado:

A vos, Madre de gracia, en quien contemplo
el centro del favor, en lo piadoso,
se ofrece España como a sacro templo.

... ..

D. Vincencio asiente. Pero está un poco pensativo, como abstraído. Duélele en el alma la persecución de que es objeto Baltasar Gracián.

—Mis amigos—dice—: el Padre Gracián me comunica desde Zaragoza que los castigos arrecian. Menguada justicia la que se hace a sus méritos... El Provincial, a lo que parece, no escucha mis ruegos...

Precisamente D. Vincencio ha reunido a sus amigos para leerles la *crisi* II de la tercera parte del *Criticón*, que Gracián le envía para que la censure. Quiere que den su opinión. Grave, reposado, lee:

“Llamó acertadamente el filósofo “divino” al compuesto humano, sonoro animado instrumento, que cuando está bien templado, hace maravillosa armonía...

... ..

“Es la embriaguez fuente de todos los males, reclamo de todo vicio, origen de toda monstruosidad”...

—Discreta y brava cosa es ésta—dice D. Manuel de Salinas.

—¡Cuerpo de Dios!—exclama el conde de Atarés—, ¡qué agudo discernimiento el del Padre Gracián!

Doña Josefa ríe aquello de que los beneméritos de la vida y despreciadores de la muerte pueden quitarse años...

Los comentarios, y aun las glosas, se extienden. Cada uno da su opinión, y todos en el sentido de la mayor alabanza. Sin embargo, D. Vincencio, más ecuánime y experimentado, tiene para sí que aquellos conceptos acerca de los efectos del vino y de la risa en los jóvenes han de ser limados un tanto, lo cual hará a solas en su escritorio. Aquel discurrir del Padre Gracián es tan rápido...

Comunica D. Vincencio que a D. Juan le ha dado S. M. una

plaza en Indias. El recomendó el negocio cerca del Rey. Añade que el Duque de Orleans le ha anunciado su llegada, y que será su huésped por unos días. Quiere admirar despacio el Museo. Los jardineros franceses que Lastanosa tiene, andan regocijados al solo vislumbre de que podrán hablar en su lengua con el señor Duque, aunque sea poco, con más desembarazo que con don Vincencio.

—D. Matías de Oña ha enriquecido copiosamente su librería —dice el Marqués—. Posee ya cinco mil cuerpos de libros.

—Yo, arguye Lastanosa, tengo muchos más; y en el Museo han entrado poco ha piezas en alto grado curiosas. Ya verán vuestras mercedes...

El Marqués no cesa de picar el amor propio de D. Vincencio; aunque con corrección y mesura.

Las oposiciones a la Cátedra de Prima de Teología de la Universidad, parece que van a ser muy reñidas. Hay muchos y doctos aspirantes. Por el Colegio Imperial y Mayor de Santiago corren malos vientos, por no sé qué desafueros cometidos con un colegial de campanillas.

Jerónimo Agüesca se refiere a las “Conclusiones” que el sábado inmediato se defenderán en la Universidad. No serán de turno, sino extraordinarias y a toda ceremonia. Traen mucho ruido, por los preparativos y por la calidad y el saber de los sustentantes. Dicen que las presidirá el Obispo. Los escolares no hablan de otra cosa. Los criados sirven un refresco de dulces y confituras y agua muy fría con esponjados. Se siente calor, pues agosto ya ha hecho su entrada.

La reunión se da por terminada. Pero antes de que los invitados se vayan, quiere D. Vincencio que vean las nuevas antiguallas: dos vasos saguntinos, muy bellos; una estatuilla de bronce, tres valiosos camafeos de amatista con bustos de Emperadores romanos, dos tablas de “Las Vírgenes prudentes”, de Ribalta, y una copia de Rubens. Los elogios de los contertulios se suceden. El Marqués bromea.

D. Vincencio ofrece el brazo a doña Josefa de Sayas. Los lacayos aguardan en el vestíbulo de la casa, y fuera hay una litera y dos carrozas y hasta un caballo ricamente enjaezado para el Marqués, que gusta de la equitación.

¿Qué debe la producción literaria de Gracián a Lastanosa? ¿Qué su actividad intelectual, generosa y fecunda? ¿Cuánto contribuyó el patricio oscense a que Gracián llegase a la misma *Isla de la Inmortalidad* que describe en su *Criticón*?

En 1637 le publica *El Héroe*; en 1640, *El Político*; en 1646, *El Discreto*, seguramente incubado en las tertulias lastanosinas: los *discursos y razonamientos académicos* (así les llama Gracián) insertos en la obra, trascienden, en efecto, a las academias literarias de Lastanosa: *Del señorío en el decir y en el hacer*; *Hombre de plausibles noticias*, etc., Un diálogo entre el autor y el citado canónigo de Huesca, Salinas, *El hombre en su punto*, parece trasladado taquigráficamente de una tertulia de los doctos oscenses. Sin olvidar que *El hombre de buen deajo*, es una carta al doctor D. Juan Orencio de Lastanosa, canónigo oscense, hermano de don Vincencio, con quien vivía, y singular amigo de Gracián (él lo dice); y que *El hombre de todas horas* es otra epístola a Lastanosa.

En 22 de diciembre de 1646, ya estaba Gracián en Huesca. Al año siguiente, Lastanosa, como síntesis de su devoción por su amigo, recopila *Los aforismos que se discurren en las obras de Gracián* (así dice el oscense) y los publica bajo el denominador común de *Oráculo manual y Arte de prudencia*; libro que alcanzó una difusión e influencia extraordinarias en el extranjero y que fué vertido a muchas lenguas.

Aquí se suscita una cuestión interesante acerca de la paternidad de esta obra. Créola exclusivamente de Lastanosa; y en esto discrepo de Coster, que opina que aquél ejerció en el *Oráculo* tan sólo una *colaboración benévola*. Son sus palabras éstas: “Hemos visto que Gracián le comunicaba sus escritos antes de darlos a la imprenta: tenemos la prueba en el *Criticón*. Es claro que Lastanosa no sólo emitía sus críticas, sino que sugería ideas; sus amigos hacían otro tanto. Así, según todas las probabilidades, cada una de estas frases preciosas (las del *Oráculo*) era examinada de antemano, y sin duda perfeccionada, de acuerdo con el pequeño tribunal al que era sometida”.

Estos razonamientos me parecen bien endeblés para quitar la paternidad del *Oráculo* a Lastanosa. Contra ellos están: 1.º El título del libro: “Oráculo manual y arte de prudencia. Sacada de los aforismos que se discurren en las obras de Lorenzo Gracián. Publícala D. Vincencio Juan de Lastanosa. Y la dedi-

ca... etc.” ¿Qué inconveniente había en que firmase esta recensión de las máximas gracianistas el propio Gracián? 2.º En el *Aviso al lector*, Lastanosa declara su responsabilidad por la publicación del libro y que las máximas que siguen las ha sacado él de las obras inéditas de Gracián; y 3.º Samuel Chapuzeau, abogado del Consejo privado del Rey y maestro del príncipe de Orange, en su libro *Europe vivante*, dice: “Háblanme también de un Lorenzo Gracián (seudónimo de *Baltasar Gracián*), infanzón de Calatayud en el reino de Aragón, y de D. Vincencio Juan de Lastanosa, que vive en Huesca, como de dos célebres escritores del siglo, que trabajan mucho en imitar a Séneca y Tácito y que afectan un estilo cerrado. El primero ha dado a luz algunos tratados de Política y Moral, con una sátira muy ingeniosa, a imitación del *Euphorinton*. El segundo ha producido un epílogo de aforismos políticos (*El Oráculo*) poco diferente de los escritos del otro, de quien él es amigo: y este Lastanosa tiene fama de ser uno de los más curiosos de toda España, habiendo hecho un gabinete donde se ven bellos vestigios de la antigüedad griega y romana, y una junta preciosa de estatuas, piedras, vasos, urnas, monedas antiguas, medallas y anillos”.

Esta opinión la inserté yo en mi estudio biobibliográfico sobre Lastanosa en 1910; y Coster, que vació en su obra casi todo el contenido de aquél, pasa como por sobre ascuas por este juicio, limitándose a decir que Chapuzeau, en la *Europe vivante*, pretende atribuir a Lastanosa la paternidad del *Oráculo*. Coster, tan prolijo en su magno libro, omite las frases de Chapuzeau. Pero más significativa aún es la omisión de la fecha de impresión de la *Europe vivante*, que yo daba: Ginebra, 1667. Es muy difícil, por no decir imposible, que a los pocos años de salir el *Oráculo*, informasen al preceptor del príncipe de Orange trastrocando la paternidad de la obra, cuando, como se ve, los restantes informes son bien exactos. Y tanto Lastanosa como Gracián vivían aún. Son estas pruebas tan claras, que creo no dejan lugar a la duda. Por otra parte, Coster declara ser evidente que la lectura del *Oráculo* no da la impresión de una obra escrita por un religioso.

Cierto que por ser Lastanosa el autor del *Oráculo*, no se merma en un ápice la gloria de Gracián; porque, al fin y a la postre, de Gracián son las máximas recopiladas por el patricio oscense; y el hecho no revela sino la compenetración de entrambos y su amistad inquebrantable.

En 1648, estando todavía Gracián en Huesca, le edita Lastanosa una refundición de su *Arte de Ingenio*, bajo el título de *Agudeza y Arte de Ingenio*, verdadera preceptiva del culteranismo.

Cualquiera que lea esta refundición, que obtuvo un gran éxito, casi determinada por cierta insistencia del canónigo Salinas, apreciará el ambiente de las tertulias lastanosinas.

El hispanista Morel-Fatio y nuestro D. Vicente de Lafuente habían buscado en vano la correspondencia entre Gracián y Lastanosa. Yo tuve la fortuna de hallar algunas de esas cartas, que salvó del olvido, copiándolas en uno de sus tres volúmenes manuscritos e inéditos, titulados "Memorias literarias de Aragón", el bibliógrafo aragonés Latassa (1). Publiquélas en mi obra "Vincencio Juan de Lastanosa. Apuntes biobibliográficos" (Huesca, 1910), y ellas descubrieron aspectos inéditos e interesantes del insigne jesuita. Hay algunas, particularmente notables, que demuestran que no sólo fué Lastanosa Mecenasa dadivoso y espléndido, sino el colaborador evidente, aunque oscuro, de Gracián. En la carta fechada en Zaragoza, a 18 de febrero de 1655, extracta Latassa:

"Habla de su *Criticón*, como en otras cartas de sus obras, que remitía, para verlas y censurarlas, a Lastanosa; y dice que estos señores, sus *padrastrós*, como no entienden el asunto ni el intento, se quedan con brava ojeriza contra él." "Al contrario en Castilla, donde se despacha ésta como mis otras obras". Alude a la primera y a la segunda parte de su *Criticón*, publicadas en 1651 y 1653.

En la carta undécima (Zaragoza, 30 de julio de 1655) dice que le envía una de las *crisis* de la tercera parte, y que, *censurada*, la vuelva con persona segura.

Gracián, tan suyo, que a su gran amigo le decía en otra de las cartas, desde Madrid, a 28 de abril de 1640, que era *poco humilde y zalamero*; tan concentrado en el santuario de sus vislumbres, un poco agrio e impulsivo, que no cedía ante nada ni ante nadie; que frente a la persecución de que era objeto comunicaba a Lastanosa en 12 de junio de 1652, que le impedían que imprimiera y no le faltaban envidiosos; pero que todo lo llevaba con paciencia y no perdía la gana de comer, cenar y dormir; Gracián, digo, rendía

(1) Existentes en la Biblioteca provincial de Huesca.

y ofrendaba los frutos de sus ingeniosas vigili-
as a la paternal autoridad de Lastanosa, para que éste los visase y los bendijese.

* * *

Un último punto se ofrece, que no anda distanciado de cuanto he expuesto.

¿Cuál fué la *situación* de Lastanosa ante las desventuras de su caro amigo?

Un ilustrado disertante, muy querido amigo mío, que me ha precedido en este honroso lugar, sostuvo en su conferencia inaugural de la presente serie, que Coster alentó en su bibliografía sobre Gracián que con justicia calificó de *definitiva*, la *leyenda negra* ultrapirenaica, y que los castigos infligidos a Gracián, aparte ser corrientes en la Compañía de Jesús, los mereció éste, ya que no se trataba de *persecución*, sino simplemente de *penitencias*.

La amistad que Gracián profesó a Lastanosa no fué en modo alguno acomodaticia e interesada, como da a entender Coster. Cuanto he dicho anteriormente creo que lo prueba; como lo muestra de modo diáfano la correspondencia del noble coleccionista oscense.

La protección de éste a aquél no cesó ni un instante, y era un hecho público y notorio, aún fuera de España, y la Compañía de Jesús no lo ignoraba. Pruébalo que cuando se publicó en Valencia la violenta *Crítica de reflexión*, que ponía a Gracián como no digan dueñas, dando de paso alfilerazos sangrantes a Lastanosa, el General de la Compañía se apresuraba a dar satisfacciones a quien se había quejado de lo mal que trataba dicho libelo a *una familia principal de Huesca*, o sea a Lastanosa. Luego éste era un varón digno y respetable, y esa, en efecto, su silueta moral.

El *Oráculo manual* redactado por Lastanosa, resultaba un tanto audaz; pero no obstante, años después, o sea en 1659, Lastanosa continuaba siendo tan respetable como antes, y la Compañía se apresuraba a reconocerlo; pero esas máximas de Gracián, recopiladas por su amigo, comenzaban a inquietar a los superiores. Y si Lastanosa no se vió libre de la mordaz censura, dado que a raíz de publicar *El Héroe* gracionista, un colegial anónimo del Imperial y Mayor de Santiago, de Huesca, sacó a la cir-

culación una sátira contra el libro y su editor, a la que contestó el cronista Uztarroz con un soneto que comienza:

Qué importa, Lauso, que se oprima airado...

consolando a su buen amigo. Y siendo esto así, ¿qué mucho que Gracián recibiese las dentelladas viperinas, máxime con su condición religiosa dentro de una Orden rígida?

Claro es que Gracián, como él decía, no era *humilde* ni *zalamero*; pero su vida fué limpia; y, como observa Coster, Gracián tiene toda la traza de haber sido uno de esos hombres que, sin ser malignos, juegan a la malignidad y se figuran que son terribles. En todo caso, *es una fortuna encontrarse con un moralista sincero, capaz de alternar con La Rochefoucauld*. ¡Y tan capaz!, añado yo: como que La Rochefoucauld se inspiró en Gracián y en sus máximas del *Oráculo*...

Lastanosa era un hombre bueno, amigo de todos; en sus tertulias tenían asiento canónigos y religiosos: la correspondencia que inserto en mi folleto *Los amigos de Lastanosa* (1) presenta, entre éstos, abades, monjes y sacerdotes; en la iglesia oscense de Santo Domingo fundó una espléndida capilla y ornamentó el templo; en la Catedral erigió otra suntuosa, que dedicó a panteón familiar y en la que está sepultado, en desagravio de un horrible sacrilegio cometido en la capilla frontera, trasladando a aquélla el Santísimo Sacramento; con Lastanosa vivió su hermano el canónigo Orencio. Sentado todo esto, ¿iba a proteger a sabiendas a un díscolo, a un mal clérigo, a un rebelde de moral rebajada que merece destierros, ayunos dilatados a pan y agua, prohibiciones de escribir, hasta el punto de retirarle papel, pluma y tinta, privación de la cátedra de Escritura y vigilancia estrecha de su celda como si fuese un hombre terrible? Lógicamente pensando, no.

Lastanosa no ignoraba tales castigos. Desde Zaragoza, a 12 de junio de 1652, le escribía Gracián: "Me impiden que imprima y *no me faltan envidiosos*; pero yo todo lo llevo con paciencia y no pierdo la gana de comer, cenar y dormir". Y en 18 de febrero de 1655 le decía que "estos señores, sus *padrastrós* (aludiendo a sus superiores), *como no entienden el asunto ni el intento*, con sólo el nombre de *Criticón* se quedan con brava ojeriza contra él. *Al contrario en Castilla, donde se despacha ésta como*

(1) Valladolid, 1918.

mis otras obras". Repárese en las palabras subrayadas, y no se olvide que estas cartas a Lastanosa son las esencialmente íntimas y espontáneas de Gracián.

Lo que ocurrió fué que Gracián era demasiado sincero, demasiado claro en su vehemencia; y la claridad y la sinceridad, en todo tiempo, no han sido propicias para medrar y bienquistarse.

En 1658 sale en Valencia el citado libelo contra Gracián: la campaña alcanza una fase pública y violenta. Al punto de la aparición, *diversas personas* (dice el General Goswin Nickel en carta al Provincial de Aragón) avisan que el autor era el jesuíta Paulo Albiniano de Rajas, y no D. Lorenzo Matéu, juez de la Audiencia civil de Valencia; y *lo colegian* (añade el P. General), *no sólo del estilo, sino de otras circunstancias y principios que tenían para decirlo*. Y a esto, tan contundente, respondía el Provincial que el P. Paulo de Rajas no fué el autor del libro *que se estampó contra aquel otro del Criticón*.

Obsérvese que *El Criticón* colmó el enfado de los superiores; y obsérvese también que el libelo valenciano, escrito según todas las probabilidades por dicho jesuíta (quien en 1645 había incluido en el *Museo de las medallas desconocidas españolas*, de Lastanosa, un *Discurso*, pero que seguramente se había enemistado con el patricio oscense), coincidió con las fuertes medidas de aislamiento y castigo adoptadas por la Orden contra Gracián, de las que hablaba el P. Nickel en su carta al Provincial, fecha 16 de marzo del mismo año 1658.

No tiene razón Coster—a lo que creo—cuando afirma que Gracián no fué un alma fuerte; y el santo horror a la soledad —añade—es la prueba. Nada prueba, digo yo, que en sus escritos abomine de la soledad un varón comunicativo, formado en las tertulias literarias lastanosinas, que encomia la dulce conversación diputándola *el mejor viático del camino de la vida*, para adjudicarle debilidad de espíritu: la consecuencia no es legítima. ¡El *Padre la Victoria*, aclamado por las tropas en Lérida por su serenidad y su valor, alma débil! Antes bien, leyendo las cartas y las obras de Gracián, se deduce que fué un hombre entero, que no se amilanaba fácilmente; y para mí son evidentes la envidia y la campaña de sus enemigos, sórdida unas veces, ostensible otras, como en la *Crítica de reflexión*.

Por otra parte, en 1652 tuvo una cuestión de índole literaria con el canónigo Salinas, determinada por la crítica fuerte

que Gracián hizo de un romance latino de aquél. Salinas se consideró herido en su amor propio y contestó en una larga carta refutando los argumentos del jesuíta. El Carmelita Fr. Jerónimo de San José, refiriéndose a esta polémica, decía en 27 de abril de aquel año al cronista Uztaroz, que el padre de esos encuentros, que era el demonio, lo había estragado todo con esas sátiras, y, lo que es peor, los que parecían amigos se descubría no serlo tan finos; y añadía el Padre, volcando la culpa sobre Gracián, que no eran esos medios a propósito para ganar nombre de eruditos y cuerdos, sino para desacreditarse con los que lo eran.

¿No pudo influir este encuentro en las desventuras de Gracián? Además, cundía la murmuración y la inquina entre carmelitas y jesuítas. A la primera orden pertenecía Jerónimo de San José; y su alegada carta denota que no veía con buenos ojos a Gracián, y, por el contrario, que sentía vivo afecto por Salinas.

Un año antes había surgido de las prensas la primera parte del *Criticón*; y da la coincidencia curiosa de que por los días subsiguientes a la polémica, el General de los Jesuítas recibía, en Roma, una solemne acusación contra Gracián. Y para colmo de desdichas, un año después salía la segunda parte del *Criticón*, en la que (así como en la tercera) siguió colaborando el bondadoso Lastanosa.

* * *

He creído oportuno traer a esta serie de conferencias la figura simpática del arqueólogo oscense, porque, como he dicho al principio, fué la que más influyó en la vida y en las obras de Gracián. Pero no terminaré sin desarrollar, aunque sea sucintamente, un tema sugestivo, no distante de lo expuesto antes, que nos da la clave de la entereza, de la claridad sin eufemismos que tantos disgustos acarrearón al célebre jesuíta: el alma aragonesa a través de Gracián.

Gracián está de moda en el extranjero. No es raro. Hoy que la meditación ha señoreado los espíritus, aparece Gracián clarividente de todos los vicios que alarman a la sociedad actual. La doctrina gracianista es de todos los tiempos, de todas las naciones y de todas las ocasiones; como los arquetipos de Esquilo, de Shakespeare o de Calderón se encarnarán mientras el mundo exista. Al juicio de Menéndez y Pelayo, *El Criticón* es obra que

maravilla y deslumbra; para Cejador, se trata de la más grande escrita en España, y acaso en el mundo entero.

Adolfo Coster, ha afirmado que la producción del célebre jesuíta encierra el alma aragonesa de su tiempo; pero sin añadir más acerca de este aserto tan curioso como exacto. De su tiempo y del tiempo pretérito y del presente, agrego yo. En suma: Gracián no sólo escribió en aragonés, haciendo honor a su cuna, sino que el alma aragonesa se clarea y juega y muestra sus cambiantes y altibajos en sus escritos; las virtudes y los vicios de esta raza patentes están en sus obras; obras que destilan un recio aragonesismo esencial y hasta de estilo, conciso éste, sin palabras vanas, de maciza estructura. Y, además, toda la obra de Gracián es un alegato en favor de la justicia, de la cordura y del buen sentido, de que está llena la historia de Aragón.

Veamos si acierto a desarrollar estos conceptos a la vista de los libros que Gracián escribió, para presentarlo como el buceador más perspicaz del espíritu de su patria, con criterio filosófico, en lo cual le consideramos único. Costa, dos siglos después, sin haber leído—creo yo—a Gracián, transparentó también las modalidades aragonesas, pero subjetivamente, esto es, en cuanto él mismo era, no objetivamente, como Gracián. Y el sentido objetivo es el que nos interesa desde el punto de vista de este ensayo.

Gracián, aragonés; Gracián, educado en Aragón; con sus mejores amigos en Aragón: su protector y editor Lastanosa, el canónigo Salinas, Uztarroz, Fr. Jerónimo de San José, y tantos otros.

En 1637, Lastanosa le publica *El Héroe*, tratado de poco volumen pero de mucha comprensión, digno de que todos los curiosos lo lean con atención, por el peligro—decía Uztarroz—de huírseles el sentido. En esta obra no hay asertos que digan a nuestro intento. Tres años después, lanza *El Político*, panegírico del rey aragonés Fernando el Católico. A pesar de realzar a un aragonés egregio, tampoco en esta obra, poco más que mediocre, hay cosa comentable. Son los comienzos literarios de Gracián.

En 1642 vuelve a Zaragoza, y en 1646 aparece *El Discreto*, tratado gemelo de *El Héroe*, aunque más enjundioso. En él cifra la voluntad y la psicología de la educación. Repitamos que se trata de discursos académicos, forjados y comentados en las tertulias literarias de Lastanosa. Habla en un discurso, del señorío en el decir y en el hacer. Hay que entrar con señorío en la conver-

sación y en el razonamiento para hacerse lugar y ganar de antemano el respeto. Con la gente de autoridad es conveniente reformar esta señorial audacia, pero no de modo que dé en el otro extremo de encogimiento. Aquí importa mucho la templanza. Nacen algunos—y alude a los aragoneses—con un espíritu señorial, que todo lo vencen y sobrepujan: hácense luego señores de los demás, cogiéndoles el corazón; superiores, si no en el derecho, en la posesión.

Este “señorío” culminó en la Edad Media en cuantas demandas formularon los aragoneses; sus leyes denotaron señorío, y señorío sus libertades. Hay naciones de espera, y ésta de los aragoneses—añade—lo es por extremo, y de la prudencia. Por eso los aragoneses no han solido pedir favor sino justicia, y la han esperado con prudencia. De ahí su nula disposición al favoritismo. Los gobernantes del Partido aragonés del siglo XVIII, únicos que, en puridad, han salido de esta región, no le conocieron. “El Rey Católico dilatóse como Príncipe de la Política, y éslo mucho la espera. Sea uno—decía—señor de sí y lo será de los demás. La detención sazona los aciertos y madura los secretos. En los hombres de pequeño corazón, ni caben el tiempo ni el secreto”. La titulada cachaza del montañés del Aragón, es el “señorío” de la espera, de la detención que sazona los aciertos, cuyo mayor realce es una juiciosa comprensión de los sujetos y una cognición penetrante de los asuntos. Colígese, por tanto, la reserva del aragonés en lo preliminar, expansivo y acogedor después, si procede. De ahí también, esa su innata disposición para la aplicación del Derecho. Admiraba a Costa ese Derecho natural de los rurales de escasa instrucción, que razonan con rara perspicacia.

Hay en *El Discreto*, como en todas las obras de Gracián, palabras y giros aragoneses abundantes: “remozos de palacio, insolentes de puerta y de saleta”: “podreecer” los secretos: “vulgarcho de la imprudencia”, dice. Por lo demás, “El hombre de todas horas”, es una carta a D. Vincencio Juan de Lastanosa; “El buen entendedor”, un diálogo con el doctor Andrés de Uztarroz; “El hombre de buen dejo”, otra carta al hermano de Lastanosa, el canónigo Orencio; “El hombre en su punto”, un diálogo entre el autor y el doctor D. Manuel de Salinas, canónigo de Huesca, que luego había de ilustrar la *Agudeza y Arte de Ingenio*, de Gracián, con sazónicas traducciones de epigramas de Marcial, el “primogénito de la Agudeza”; “Del modo y del agrado”, otra carta

al Dr. Bartolomé de Morlanes, Capellán del Rey en la iglesia zaragozana del Pilar.

En todas sus obras, Gracián permanece fiel a sus amigos aragoneses.

* * *

Se ha repetido, tal vez con hipérbole, que los aragoneses no pueden medrar en su tierra. Costa preguntó amargado en varias ocasiones: ¿Pero quedan aragoneses en Aragón?, y se quejaba de que después del memorable Partido aragonés no hubiesen salido de aquí fuertes individualidades. No me meto en la realidad de estos asertos; pero antes que nadie ya afirmó Gracián en su citado diálogo con el Dr. Andrés: “Eso le valió a aquél nuestro Anfión aragonés, cuando perseguido de los propios halló amparo y aun aplauso en los coronados Delfines extraños”. Y más tarde, en la tercera parte del *Criticón*, al descubrir la Isla de la Inmortalidad, dice que donde Andrenio y Critilo gastaron toda la admiración y más, si más tuvieran, fué cuando oyeron que al mayor rey del mundo, pues fundó la mayor Monarquía que ha habido ni habrá, al Rey Católico Don Fernando, nacido en Aragón para Castilla, sus mismos aragoneses, “no sólo le desfavorecieron, pero le hicieron el mayor contraste para entrar allá, por haberlos dejado repetidas veces por la ancha Castilla. Mas que él respondió con plena satisfacción, diciendo que los mismos aragoneses le habían enseñado el camino, cuando, habiendo tantos famosos hombres en Aragón, los dejaron todos y se fueron a buscar su abuelo el Infante de Antequera allá a Castilla para hacerle su Rey, apreciando más el corazón grande de un castellano que los estrechos de los aragoneses; y hoy día todas las mayores Casas se trasladan allá, llegando a tal estimación las cosas de Castilla, que dice el refrán que el estiércol de Castilla es ámbar en Aragón”. Alude Gracián al Compromiso de Caspe. Y bien pueden recogerse aquí las palabras de Lope de Vega referentes a los poetas Argensolas: que “habían ido a Castilla desde Aragón a enseñar la lengua castellana”.

En diciembre de 1646, Gracián descansa en los afanes—hasta de los guerreros en el asedio de Lérida—, en la soberbia casa de Lastanosa, donde, como he dicho, se ocupó en preparar la *Agu-*

deza y *Arte de Ingenio*, y donde seguramente continuó escribiendo *El Criticón*.

La "Agudeza" es una verdadera antología de poetas aragoneses: los Argensolas, Uztarroz, Salinas, Fr. Jerónimo de San José, Tomasina Francés, Ana Francisca Abarca de Bolea, María Nieto de Aragón. La agudeza sublimada por Gracián, no en un sentido retórico sino psíquico, es decir, no formal sino esencial, ha sido patrimonio de los aragoneses. Los chascarrillos "baturreos" son la grosera parodia de esta agudeza. Gracián dedicó muchos elogios a los "buenos prontos": el discurso 41 del *Arte de Ingenio* versa sobre las respuestas prontas e ingeniosas. Esos buenos prontos se observan en cualquier conversación con los campesinos de Aragón, a saber, la concurrencia de la viveza de ingenio y el acierto del juicio. Gracián denominó a esto "agudeza sentenciosa". Como cosa rarísima, Lastanosa muestra a Andreño y Critilo "uno de Calatayud en el limbo". Y en la "crisi" VI de la tercera parte del mismo *Criticón* ("El saber reinando"), se lee este saludísimo diálogo:

"—Pues dime, ¿quién metió acá a aquel que retira a tonto, y ya sabes que en pareciéndolo lo son y aun la mitad de los que no lo parecen?

"—Advierte que no lo es, sino que sabe hacerlo. Así como aquel otro que hace los zonzos, que no hay peor desentendido que el que no quiere entender.

"Dudó Critilo y aun lo preguntó, si acaso estaban en la lonja de Venecia o en el Ayuntamiento de Córdoba o en la plaza de Calatayud, que es más que todo. Donde dijo un forastero, hablando con un natural y confesándose vendido o vencido:

"—Señor mío, por eso dicen que sabe más el mayor necio de Calatayud que el más cuerdo de mi patria. ¿No digo bien? —No, por cierto—, le respondió. —Pues, ¿por qué no? —Porque no hay ningún necio en Calatayud ni cuerdo en vuestra ciudad".

Lo que arguye en los conterráneos del autor, al decir de éste, una viveza, un despejo, heredero de Marcial, tan bilbilitano como Gracián.

Llega Gracián a la máxima sazón espiritual con *El Criticón*. La primera parte la imprime en 1651; la segunda en 1653, y la tercera cuatro años después, siempre bajo los auspicios de su caro amigo y mecenas Lastanosa. A éste, a fuer de agradecido, le dedica muchas páginas de la sesuda obra. En la oficina de Artemia,

Andrenio y Critilo ven maravillas; y Lastanosa, “el grande apreciador de las eminencias”, señala a cada uno su puesto. En la segunda parte, las crisis II, III y IV describen los prodigios de la casa lastanosina.

En *El Criticón*, el autor se refiere a Aragón y los aragoneses más abiertamente que en las obras anteriores; y como la más madura, los juicios nos interesan sobremanera. Parecele bien la abundante Zaragoza, cabeza de Aragón, madre de insignes reyes, base de la mayor columna de la fe católica en santuarios y hermosa de edificios; poblada de buenos, así como todo Aragón; de gente sin embeleco. Pero echaba mucho de menos la grandeza de los corazones, y espantábale aquel proseguir en la *primera necesidad*.

De modo es que para Gracián, los aragoneses son gente buena, sin mentira, doblez o embeleco, pero sin grandeza de corazón. El juicio es duro en demasía, y estoy por decir que inexacto. Será exacto si esa falta de grandeza, si esa “primera necesidad” encubren estotro: que el aragonés es poco pagado de sí mismo; pero no puede tomarse en sentido estricto, pues la abnegación y las proezas de los aragoneses en la Historia, arguyen grandeza y magnanimidad de corazón; y su fina percepción y su gran sentido jurídico opónense a la necesidad.

Andrenio y Critilo, después de presenciar atónitos la “feria de todo el mundo”, se encaminan “a pasar los puertos de la edad varonil en Aragón; de quien decía aquel su famoso rey, que en naciendo fué destinado para dar tantos Santiagos y para ser conquistador de tantos reinos, comparando las naciones y las edades, que los aragoneses eran los varones”. Así concluye la primera parte del *Criticón*.

Hay contradicción entre esta sutil apreciación de Gracián referente a la varonil edad, que envuelve un concepto de serenidad, de templanza y de vigor atribuido a los aragoneses, y la anterior. Veamos cómo.

Los dos peregrinos del vivir, Andrenio y Critilo, llegan hasta la “juiciosa cortesana filosofía” en el otoño de la varonil edad, a Aragón. Y, ¿qué es Aragón? Los extranjeros—dice—le llaman la buena España, “empeñados en el mayor reventón de la vida”. (Aquí, sin duda, se acuerda Gracián de su persecución, iniciada después de publicada la primera parte). A Andrenio se le hace muy cuesta arriba la de la edad varonil—Aragón—, trabajosa,

llena de asperezas. Suben los dos amigos tan alto que les parece que señorean cuanto contiene el mundo, muy superiores a todo. “—¿Qué te parece de esta nueva región?”; dícele Critilo. “¿No percibes qué aires éstos tan puros? Así es”, responde Andrenio. “Paréceme que ya llevamos otros aires. ¡Qué buen puesto éste para tomar aliento y asiento!”.

Antójaseles bajo y vil cuanto han andado hasta allí. Todo es miseria respecto de la gran provincia que emprenden. “¡Qué profundidad tan notable se advierte de aquí allá!”.

La metáfora oculta una clara apreciación laudable de Aragón. En el centro de aquella eminencia, descubren Andrenio y Critilo una gran casa labrada, más de provecho que de artificio; y, aunque muy capaz, nada suntuosa. “De profundos cimientos, asegurando con firmes estribos las fuertes paredes. Mas no por esto se empinaba ni poblaba el aire de castillos ni de torres. No brillaban chapiteles ni andaban rodando las giraldas. Todo era a lo macizo, de piedras sólidas y cuadradas, muy a machamartillo”. Aquí vienen a la imaginación de Gracián las casas solariegas de Aragón, que modelan en piedra el carácter de sus moradores.

La Poesía toma allí dos laúdes, tan igualmente acordes, que parecen hermanos. Estos—dice—son graves por los aragoneses.

Sitúa, por tanto, la madurez varonil en Aragón; de frutos sazonados, de maduro juicio. “Guste de tratar con hombres—arguye—, que no todos los que lo parecen lo son. Razone más que hable. Podrá tal vez, acompañado de sí mismo, pasearse, pensando, no hablando”.

Y esa situación de Gracián se cohonesto con la exacta psicología aragonesa. Aquí, en esta segunda parte, descubre Gracián el alma del país, fuerte, discreta, reflexiva y sufrida. Y la descubre, pese a donosas sátiras y a lógicos defectos. Entre las cosas raras, muestra una viuda de Zaragoza, flaca. En la plaza del populacho y corral del vulgo, ve más cavadores que en aquella ciudad, en donde hasta la misma locura tiene cura. Se conmueve toda aquella acorralada necedad y alborótase un vulgo tan libre como el de Zaragoza.

En “la jaula de todos” (crisi XIII de la segunda parte), pregunta Critilo: —¿Y dónde van a parar tantos buenos? Y contesta Andrenio: Los cuerdos a Aragón; los valientes a Extremadura y la Mancha, los hombres de bien a Castilla, etc. Y en

“La verdad de parto” (crisi III de la tercera parte), el Acertador afirma ante un tozudo, que es aragonés.

Hay, por fin, en *El Criticón*, otras menciones de lugares y cosas aragonesas. En la crisi V, “El palacio sin puertas”, el Zahorí dícele a Critilo que en él entrará “como Pedro por Huesca. —¿Qué Pedro fué ese? —El famoso que la ganó”. En la VI, nombra al Colegio Mayor de Santiago de la misma ciudad. En la X (“La rueda del tiempo”), Critilo pondera lo que diría el Conde Alperche (caudillo de la toma de Zaragoza en 1118) si volviese aquí, si pasase por esas calles y las hallase “ocupadas de coches y de carrozas, si viese esas tiendas y esa perdición”. Y unas páginas después, nombra a la Torre Nueva, notable por su altura, que parangona con la Giralda sevillana; a los Fueros de Aragón, que por su lenguaje ya no hay quien los entienda; y a los almogávares, la milicia del rey D. Jaime y de su valeroso hijo: soldados vestidos de pieles y calzados de cuero, “que repetían de fieras, no como los capitanes de agora, vestidos de tafetán, dando cuchilladas de seda”.

Tales son los juicios y los atisbos de Gracián referentes a la idiosincrasia espiritual de sus paisanos. ¿Coinciden con los de los extranjeros que en su tiempo pasaron por Aragón? En muchas cosas, sin tener los motivos de observación que Gracián, sí. Brunel afirma que los aragoneses tenían tanto orgullo como los castellanos, pero que se estimaban más que éstos. Abundaba en grandes hombres; era pueblo poco hospitalario ni amante del extranjero, saliendo de él los bandoleros, que ponían en trance apurado la seguridad de los caminos de Castilla.

El abate Vayrac dice que era gente de ingenio, muy amante de su libertad y más resuelta y firme en sus resoluciones que los castellanos, pero no menos vivos ni menos prontos en venir a las manos. “Sienten un odio implacable—añade—hacia los castellanos y muy poco amor a sus Reyes, excepto la Nobleza, que siempre ha honrado la dignidad real”.

* * *

Abrid *El Criticón* por donde queráis, y al punto hallaréis la exposición de un vicio, de una imperfección, más su crítica acre y zumbante, al lado de las serenas ideas políticas y sociales que

conducen a la supervivencia en la memoria de los hombres. El error, el desengaño, pero también el recto camino. Gracián traza el código de la energía, de la consciencia y de la moral con un hondo sentido crítico que para la posteridad ha sido ejecutoria de persistente reputación.

Pero un sentido crítico tan amplio y puntual; una visión tan luminosa de las lacras sociales, de la humana cobardía; de la pedertería corriente y moliente; del *arrivismo* (como hoy se dice) que en todo tiempo ha mostrado su menguada catadura; una experiencia tan abundosa, que, con razón, ha dicho un autor que *El Criticón* es obra excesiva para una sola inteligencia. Ciertamente: si no estuviese comprobado de modo fehaciente, por lo expuesto, se adivinaría la mano del *Gran Discreto*, del *Hombre de todas horas*, de Lastanosa, y acaso de los más significados contertulios. Lastanosa, en el otoño de la varonil edad cuando se publicó la magna obra gracianista; pleno de *juiciosa cortesana filosofía*, pudo llevar mucho de ésta, de su conocimiento de las miserias y vanidades, nacido del roce con tantas gentes como a él acudieron, y de su experiencia de una vida en la que nadie le ayudó y en la que él se lo hizo todo, al *Criticón*.

La dilección paternal del oscense halló siempre eco en el avisado jesuíta. Sus almas se amaron sin traicionarse jamás.

¡Quién sabe si Lastanosa fué el único que entonces comprendió a Gracián!

